

velaba por los suyos para auxiliarles en el cumplimiento de sus grandiosos fines, rompió sus hierros, le dió libertad, y le señaló el camino de su predicación: que nunca se ve tan clara la eterna presencia de Dios en la historia como en estas grandes crisis de la vida.

La dispersion de los apóstoles, señores, os explicará por qué he querido que la lección anterior precediera á esta relativa al cristianismo en el primer siglo. Así podeis conocer las comarcas que pisan los cristianos. San Juan va al Asia Menor, tierra impregnada del espíritu de la Grecia y dispuesta á recibir el rocío bendito del amor, que en sí llevaba la palabra del discípulo predilecto; San Andrés va entre los escitas y predica á los bárbaros la doctrina desconocida, que ellos han de servir providencialmente con sus hambrientas espadas; San Felipe se dirige á la Alta Asia, y allí, en la cuna misma del Dios-naturaleza, en el seno del pensamiento materialista predica y sostiene el Dios espíritu del Evangelio; San Mateo, cuyo ascetismo religioso se parece al de Santiago, va á terrenos inexplorados entre los negros etíopes; San Judas predica á la raza semita, hermana de su raza, á los árabes, y en el seno de sus desiertos encuentra muchos corazones dispuestos á abrirse á la verdad y al amor, y todos convierten poco á poco, el mundo, no solo con su doctrina, sino tambien con su ejemplo.

Pero, señores, á pesar de esto, la verdad es que el cristianismo en este tiempo tiene un carácter completamente bíblico, y apegado al sentido de la religion antigua. A pesar de la dispersion de los Apóstoles, aún la Iglesia universal no habia decidido, si la circuncision era un precedente necesario del bautismo, y la Sinagoga como el arco triunfal para pasar á la Iglesia. La predicacion de toda esta edad se refiere á los tiempos en que ha de volver el Salvador triunfalmente al mundo el día del juicio. Esta idea estaba fija en la conciencia de los primeros cristianos. Era su palabra: era su idea. El libro que resume admirablemente el estado de los ánimos en este tiempo, es el Apocalipsis de San Juan; libro maravilloso, que amenaza al mundo idólatra empedernido, y abre á los ojos del cristiano el cielo, su eterna esperanza. Detengámonos un instante ante este libro, que es como el resumen de la fase cristiana presentada en esta lección, y detengámonos con religioso respeto. Se necesitaba, como hemos dicho, un libro, un gran libro que resumiera las esperanzas de las generaciones en este instante supremo de la vida del cristianismo, un libro que fuera como el resumen de todos los dolores y de todas las ideas que

agitaban el corazón y la conciencia de los primeros cristianos. Como su mismo nombre indica, el libro habla de la venida triunfante del Mesías, de su aparición, trasfigurado sobre una nube gloriosa, inundado de luz, como no lo habia visto ninguna generacion, ninguna edad. Esta edad era para los cristianos de tribulacion y de amargura. Predicaban la paz, y solo habian encontrado la guerra contra su doctrina. Predicaban un Dios de amor, y el mundo les pagaba con odio. Predicaban el reino divino, y los dioses y los oráculos lanzaban sus amenazas sobre aquella renovacion de la vida, que iba á dejar vacíos sus templos, desiertos sus altares. Así, do quier veia el genio de la antigüedad un cristiano, se lanzaba á devorarlo para devorar tambien su doctrina. Creian como creen todos los déspotas, todos los que viven á la sombra venenosa de una injusticia ó de un privilegio, que con ahogar á los sectarios de una idea habian ahogado la idea, habian destruido para siempre la doctrina. Y nada prueba tan real y evidentemente que hay en nosotros algo superior al cuerpo, algo que no puede oprimir el carcelero, que no puede aniquilar el verdugo como esa inmanencia de las ideas que viven y crecen, y se agitan mas por su propio impulso, segun mueren sus sectarios, porque la muerte no puede llegar nunca con sus sombras al espíritu, y el espíritu es el origen de las ideas. Pero en estas grandes persecuciones, en esta afliccion de todos los días, el pueblo cristiano necesitaba un consuelo para sostenerse contra la persecucion, un libro en que dilatara sus infinitas esperanzas. Los infelices no tenian una piedra donde reclinar su cabeza, las hondas entrañas de la tierra eran su vivienda, sobre sus cabezas caia un continuo bautismo de sangre. Sobre todo, en el Asia Menor; allí, donde el paganismo se habia transformado para pasar á Grecia; allí, donde la raza helénica habia recogido toda la herencia religiosa de su madre, la raza indo-europea, para formar sus deslumbradoras teogonias; allí, donde cada piedra habia pertenecido ó estaba destinada á un templo, y cada flor destinada á un altar; allí, el paganismo, que no habia recibido de los filósofos las profundas heridas que recibiera en Grecia, se exaltaba con estrema exaltacion, y lanzaba rugidos de muerte contra la nueva secta, que, á pesar de su pobreza y de su humildad, iba á arrancarle la corona de verbena de las sienes, y de las manos el áureo sagrado tirso; y pedia sacrificios sangrientos y terribles para sus aras abandonadas ya por el pueblo. Las congregaciones cristianas, allí nacientes, solo sentian el rumor del huracan que las azotaba y las perseguia; y su conciencia y su cora-

zon se replegaban en el seno de sus grandes y sublimes esperanzas; y sobre todo, en aquella idea que estaba en todos los espíritus viva y deslumbradora, en la venida del Salvador á juzgar á los hombres, cuya época no podían designar, pero que no debía estar muy lejana para los que veían tantas angustias en el mundo, tantas sombras en la conciencia humana, tantas injusticias desencadenadas en la tierra, tantas señales de enojo en el cielo. Entonces el gran Profeta Evangelista de Patmos, recoge las grandes aspiraciones de sus hermanos, y á la luz de las hogueras, mojando su pluma en el eterno iris, escribe el Apocalipsis, libro cuya grandeza no puede medir el humano pensamiento. El genio del alma se esconde entre sombras y afila sus garras para clavarlas en el seno de la madre Iglesia. Los elegidos del Señor pelearán contra él, y le encadenarán, y la Iglesia se alzará radiante y victoriosa, cegando á todos sus enemigos.

Abramos este gran libro. Lo primero que aparece es el trono del Señor resplandeciente, asentado sobre el hombre, el león, el águila y el toro, signo de los atributos esenciales de la divinidad; iluminado por siete grandes hachones que lo inundan de luz, y coronado por ángeles, que se pierden como sombras indecisas, pero bellísimas, en aquella etérea impalpable atmósfera, perfumada por la divina esencia. Delante del Señor se ve el libro del porvenir, sobre el cual no puede poner su mano ningún hombre, y solo Cristo romperá, en el día señalado por Dios, sus misteriosos sellos. Cuando Cristo coje el libro entre sus manos, los ángeles, los serafines, las jerarquías celestiales, entonan cánticos, que ruedan sobre aquellos espacios henchidos de alegría, y la tierra retiembla sobre sus cimientos, y el Universo se conmueve, y la humanidad palpita bajo su sombrío sudario. Cristo abre los cuatro primeros sellos del libro, y aparecen todas las grandes calamidades que han de agitar la tierra antes de la venida del Salvador; la conquista, que encadenará las razas con el incendio y la muerte; la guerra, que llevará por todo el mundo su desolación y su espanto; la peste, que dejará yermos los campos, solitarias las aldeas; el hambre, que agotará la vida de la doliente humanidad, anegada en amargo océano de dolores. Cuando el quinto sello se abre, aparecen los mártires agitando sus palmas y pidiendo un castigo para los que han derramado en la tierra su sangre; pero el Señor les dice que aguarden á que se consume todo el sacrificio. Y cuando rompe el sexto sello, un gran terremoto agita la tierra, el sol se vuelve negro, la luna sangrienta, las estrellas caen sobre la tierra como los frutos

maduros del árbol, el cielo se pliega como un rollo de pergamino; los montes saltan como cabritillos, las islas se sumergen como piedras en el fondo de los mares, los reyes y los esclavos se ocultan en lo más hondo de la tierra, los hombres gritan que caigan sobre ellos y los sepulten las montañas, porque ha llegado la hora tremenda de la justicia; gran silencio se estiende sobre el Universo, y el ángel del Señor atraviesa los espacios y va á sellar con el sello de su elección la frente de los justos para que se liberten de las terribles calamidades que caen sobre la tierra. Rómese el séptimo sello, y aparece una nueva escena. Entonces se levantan del fondo de aquel revuelto mar de la vida siete ángeles, que toman siete trompetas y que queman delante del Señor las oraciones de los santos, como regalado incienso, y el primero de los ángeles suena su trompeta, y se congela granizo mezclado con fuego y sangre que cae y quema la mitad de la tierra; y al sonido de la segunda trompeta, la mitad del mar se convierte en sangre; y al sonido de la tercera trompeta, cae una estrella que abrasa los ríos y las fuentes; y al sonido de la cuarta trompeta se oscurece la tercera parte del sol y de las estrellas; y entonces, una inmensa águila abre sus alas y lanza lastimeros gemidos, anunciando nuevos males; y en efecto, al eco de la quinta trompeta, los profundos abismos se abren y sube como un humo que oscurece el cielo, y los ángeles esterminadores bajan con sus flamíferas espadas á herir á los hombres, que en vano piden á grandes voces la muerte, como única defensa contra aquellas plagas, como único refugio en sus grandes tribulaciones.

El mundo estaba ya preparado para recibir el último secreto que encerraba el libro de la vida. Dios abre el templo de Salomón para que sus elegidos se refugien, mientras el resto de las habitaciones de Jerusalem y de sus habitantes, por decreto supremo, se ven repentinamente entregados al fuego y al cuchillo de los paganos. Moisés y Elías predicán la penitencia, pero el Ante-Cristo los mata, y bien pronto se trasforman y resucitan, y apenas surcan los aires para volar al cielo, la tierra se abre, se traga siete mil hombres, y los judíos, maravillados, se convierten al cristianismo; y mientras esto sucede en el cielo, aparece saludada por suave música, entre místicos resplandores, el arca de la alianza, señal de la reconciliación del hombre con su Dios.

Pero aún no ha acabado este gran simbolismo, que encierra una teología. La nueva Iglesia tiene tres grandes enemigos, irreconcilia-

bles, feroces. Una mujer vestida con los resplandores del sol, y apoyada sobre la luna, y ceñida la sien con una diadema de doce estrellas, se resbala silenciosa y sublime sobre los mares y los desiertos; y quieren los enemigos de Dios aniquilarla, porque lleva en su seno la salud de Israel. Sus enemigos son Lucifer escondido traicionablemente entre sus sombras; un monstruo de siete cabezas coronadas con siete diademas, que se revuelca en lo profundo de los mares, y que representa la imagen del imperio romano; y otro engañador animal fantástico que representa á los falsos profetas; pero la mujer se desliza sobre los vientos como llevada por la mano del mismo Dios para dar la gracia y la libertad á los elegidos.

La lucha va á comenzar. Tres voces terribles anuncian las mas pavorosas profecías; el castigo de Roma, el esterminio de los perversos, el juicio universal: y apenas estos clamores se comunican á los vientos, aparecen ángeles con las copas en la mano rebosando la ira celeste; y las arrojan sobre la tierra, el mar, los rios, el cielo; y todo el Universo se emponzoña; y Roma abrasada por el hirviente licor forcejea sobre sus tormentos, y el Eufrates se evapora y seca para abrir paso á las legiones que corren á herir y aniquilar á la reina de las naciones envuelta en humo y llamas; y mientras se desploma esa impura Babilonia, y lloran los reyes sus vasallos, los comerciantes sus cortesanos; los elegidos entonan cánticos, que se pierden allá en los cielos, alabando la justicia del vengador de los justos. Por fin se desenlaza este terrible libro. El Señor viene montado sobre un caballo blanco, atraviesa con su palabra mas cortante que una espada á sus enemigos; sus ángeles encadenan á Satanás en el fondo de los pavorosos abismos; los mártires se levantan de sus sepulcros y con palmas de luz en las manos, se pierden amorosos en el seno del Padre; los poderos enemigos enmudecen; los muertos se levantan de sus sepulcros, se visten sus carnes, oyen la inalterable sentencia; y Jerusalem celeste se levanta triunfante, compuesta de jaspe de cristal, cercada de diamantes y esmeraldas, iluminada por la claridad eterna del cielo, fluyendo de sus fundamentos el claro y trasparente rio de la vida.

Esta obra como se ve, resume todo el pensamiento de su época, todo el espíritu de los cristianos en su edad. Se conoca que el escritor evangélico, á las orillas del mar, ha visto abrirse los cielos, se ha abismado en la gloria prometida, y no ha podido en la lengua de los hombres contener todo lo que el Eterno habia revelado á sus ojos.

Así nosotros cuando vemos pasar los ángeles, esos coros de serafines, esas legiones de mártires, con sus palmas de luz, esos emisarios del Eterno con sus copas rebosando ira en sus manos, esos monstruos alados, esas nubes de aves de rapina de mil figuras que van á lanzarse sobre los enemigos de Cristo, nos sentimos como poseidos de un vértigo religioso, en presencia de un mundo superior á nuestros sentidos, y nos abismamos en el fondo de esos misterios sin comprenderlos, aunque sabemos que son misterios del cielo, como el viajero que perdido en ignorado país, en oscura noche solo mira la lejana luz de las estrellas. Pero este libro debia infundir una fé muy viva á los cristianos. La hidra de siete cabezas domeñada, Satanás encadenado, los monstruos desarmados, la Iglesia triunfante rodeada de sus mártires, era un cuadro hermosísimo, que debian ver los perseguidos con mas vivos colores segun fuera mayor la exaltacion de su fé, y la intensidad de sus dolores.

He concluido. Hemos visto el Cristianismo en su nacimiento. En nuestra próxima leccion examinaremos toda la importancia del genio extraordinario cuyo nombre será repetido por las generaciones como uno de los salvadores de la humanidad, del que Dios llamó por su inspiracion al apostolado, del que sacando el Evangelio del fondo de la Sinagoga, iluminara con su luz á todos los hombres, con su calor toda la tierra, para que concluyeran las castas religiosas, los odios sacerdotales, y comenzara á sonreír sobre el mundo el cristianismo como una idea universal, descendida del cielo para realizar la igualdad ante Dios; revolucion inmensa, que ha de llegar hasta la raiz de la vida, que ha de transformar toda la historia.—He dicho.